

Querido Antonio:

Ayer estuve en tu despedida y escuchando Itaca de Lluís Llach, como decidieron los más íntimos, te escribo entre lágrimas.

El acto te habría agradado... estoy seguro. Habrías sentido el rubor del humilde elogiado y la decisión del bien agradecido. Te habría conmovido sentir como abrazamos a Carmina, como cuidamos de Blanca, como se nos saltaban las lágrimas, como Graciela no podía terminar de leer tu recuerdo o leían el poema de José Manuel. Seguro en te habrías dejado llorar escuchando a Mariano recordarte.

Querido amigo... ahora que ya no puedo escucharte, siento tu falta porque tu amistad me completa como persona. Me quedo con lo mucho que aprendimos juntos, con lo que me enseñaste, con el recuerdo de las tardes de verano hablando del agua y las mañanas desnudando las mentiras del poder corrupto, con la mirada atenta, la indignación ante la injusticia, el comentario socarrón y, sobre todo, tu inmensa humanidad.

Amigo del alma... esta carta no precisa contestación porque sé que en el viento que mueve los naranjos o en el croar de las ranas que acompañaban tu verano, estará prendida tu voz y de ella, tu franca mirada.

Gracias hermano y maestro,

Abel